

JESUS IBÁÑEZ

I.

Landreau decía que si quisiera reducir a su núcleo esencial el pensamiento marxista él lo haría en una frase: "hay razón para rebelarse". El proyecto de un socialismo científico frente a un socialismo utópico era un intento de rebelarse contra el capitalismo, pero fundándose en razón. Según Landreau esto es absurdo ya que si nos fundamos en razón hay siempre razón para someterse, no para rebelarse, porque la razón solocrática y paternalista occidental es el fundamento último de todo sometimiento y de toda dominación. En este sentido, para rebelarse no es necesario fundarse en razón, basta querer rebelarse, sin tener que dar explicaciones ni rendir cuentas, contra la dominación. Probablemente aquí hay un fallo que está en el corazón del pensamiento marxista, especialmente en su dimensión política.

Por otra parte el marxismo es una metodología para el acceso a lo colectivo, lo mismo que el freudismo es una metodología para el acceso a lo individual. Desde este punto de vista la metodología marxista sigue completamente viva y, de hecho, al igual que no puede haber ningún conocimiento del tipo de lo psicológico que no se inspire en Freud, no puede haber ningún conocimiento del tipo de lo sociológico que no se inspire en Marx. Pero decía Althusser que Freud y Marx, y también Nietzsche, eran hijos naturales, que se habían caracterizado por una ruptura con la ley del padre y que por tanto la única forma de seguirles, de serles fiel, es serles infiel. La metodología marxista se debe aplicar para la crítica, pero también y especialmente para la crítica de los regímenes cuya ideología dice inspirarse en Marx.

II.

1. Hay concepciones del mundo que tienen una raíz positiva en cuanto que se inscriben en una dialéctica de liberación. El cristianismo lo fue en lo imaginario, por eso el concilio Vaticano II quiso ser una vuelta a las fuentes, una recuperación del proyecto de liberación que el cristianismo contenía en su origen. Esto es lo que da también razón de un movimiento como la Teología de la Liberación, totalmente comprometido con la liberación de los seres humanos. Al marxismo le está pasando algo parecido; se puede decir que hay una cierta correspondencia entre las dos concepciones del mundo. El cristianismo sólo podía plantear la liberación utópicamente, imaginariamente, porque en la época en que se formuló no había condiciones reales, pero cuando las hubo esa liberación pasó del campo imaginario al campo real.

Por ejemplo, en China, cuando los jesuitas franceses tradujeron el Evangelio los campesinos lo tomaron al pie de la letra: todos somos hijos de Dios, todos iguales, los bienes están al servicio de la comunidad... Así empezó en China la primera revolución, la que culminó en Sun-Yan-Tsé, que fue un prólogo de Mao Tse-tung. La analogía es, por lo menos en parte, teóricamente válida.

¿Qué va a pasar prácticamente? No lo sabemos. La penetración del mundo capitalista va a atar las manos a estos regímenes socialistas y puede producir una cierta congelación de la revolución, aunque no su cancelación, pues es imposible volver hacia atrás en la Historia.

Algunos piensan que simplemente se va a producir una corrección de la interpretación estalinista del marxismo. Ahora parece ser que Lenin estaba en cierto modo arrepentido ya que la revolución sólo podía hacerse en condiciones de amplio desarrollo económico y cultural y con una amplia adhesión de las masas. En Rusia no se daban en estas condiciones, fue una vanguardia la que impuso la revolución, lo que llevó automáticamente a una dictadura con un alto componente voluntarista. Pero en este sentido Stalin no habría traicionado los ideales leninistas, sino que explicitó sus consecuencias. Todo este movimiento de democratización, aunque haya un excesivo mimetismo de las formas democráticas occidentales, implica entonces una corrección y una vuelta a los orígenes marxistas, desviados por el leninismo-estalinismo.

En todo caso no se puede decir que un fracaso de los regímenes estalinistas suponga un fracaso del marxismo, teniendo en cuenta que cualquier semejanza entre Breznev y Marx es tan pequeña como la que puede haber entre Woytila y Jesús. Ni el fracaso de Woytila sería un fracaso del cristianismo, porque nada hay más opuesto al cristianismo que la concepción del mundo que representa Woytila, ni el fracaso de Breznev sería el fracaso del marxismo, porque nada hay más opuesto al marxismo que la concepción del mundo que él, y en general la nomenklatura, representaba.

Este fracaso tampoco puede entenderse como una confirmación del liberalismo. No obstante, no estoy de acuerdo con los marxistas cuando desprecian a los que hablan de libertad como libertad de mercado; pienso que la libertad es siempre libertad de mercado y que no hay más libertad que en el mercado, en los tres mercados: de objetos (en la economía política), de sujetos (en la economía libidinal), de mensajes (en la economía significativa). Libertad de consumo, libertad de asociación y libertad de pensamiento son conceptos fundamentales. El error es pensar que esta libertad la realizan los regímenes capitalistas y no la

pueden realizar los socialistas, cuando justamente es lo contrario. En los regímenes capitalistas no hay ninguna libertad en ningún mercado porque todos los mercados están monopolizados u oligopolizados. En ellos la oferta está monopolizada y la demanda manipulada. Incluso, probablemente, si el desarrollo futuro de estos países fuera autopoietico y no heteropoietico -programado desde fuera- habría más facilidad para acceder a la libertad de mercado a partir de los regímenes del socialismo real, pues en los regímenes capitalistas hay una tan dura y osificada configuración de intereses que resulta casi imposible dismantelar los aparatos oligopolistas.

Con esto no quiero decir que el liberalismo entendido en su pureza no sea una bestialidad. Es el imperio implacable de la fuerza bruta en una sociedad estructurada por la lucha de clases, lo que lleva inevitablemente a que los que mandan manden siempre. Suelo llamar lucha de clases a una regla de juego que impone que uno de los jugadores siempre gane y el otro siempre pierda. En el mercado laboral el proletario tiene siempre que perder porque lo que prima es el capital, que es lo que él no tiene; en el mercado matrimonial la mujer pierde porque lo que vale es el falo, que ella no tiene; en el mercado escolar el niño tiene siempre que perder porque lo que vale es la lengua, que es lo que él por definición no tiene. El problema del liberalismo no es pues su defensa del mercado, el problema es que para ellos sólo existe un mercado.

En cuanto a la socialdemocracia, en teoría, debería ser el mecanismo corrector de los mercados para que haya libertad, pero ya hace tiempo que tratar de diferenciar la socialdemocracia del liberalismo es jugar con las palabras.

Por último, es evidente que para la izquierda radical se abren nuevas expectativas. Así como los socialistas han tenido siempre como misión histórica la represión de los comunistas, los comunistas han tenido siempre como misión histórica la represión de la izquierda radical. Al desaparecer estos dos fantasmas, el del socialismo reformista, tan rechazado que ya no se diferencia del liberalismo, y el del comunismo real, se despeja lógicamente el horizonte de la izquierda radical y especialmente de los llamados movimientos sociales (ecologismo, feminismo, insumisos, okupas...).

2. Respecto al Tercer Mundo, es evidente que países como Cuba se han quedado completamente aislados. Cuba, que era como la primera trinchera, la vanguardia, que actuaba con una solidaridad internacional admirable, se queda de pronto sin función al cambiar la estrategia del bloque del Este. Al sustituirse el principio de internacionalismo proletario por el del mercado se va a encontrar en una situación muy

precaria, aunque creo que la moral es en estos momentos muy alta. Es obvio que mal que bien, con una u otra intención, los países del Pacto de Varsovia han ayudado a todos los movimientos de emancipación y liberación. Los cambios presentes se están notando a corto plazo, como se ha visto en Nicaragua, donde los sandinistas han cometido el error de adoptar una democratización exógena, impuesta, y no endógena y autopoietica. Cuba no seguirá este camino, aunque sí tiene la intención de democratizar sus estructuras.

En cuanto a los países del Este de Europa se puede decir que en cierto modo - como el barón de Münchhausen, que se eleva tirandose de la cabeza-, siguiendo una vía errónea desde el punto de vista de la ortodoxia marxiana, han logrado ponerse en condiciones de que haya una revolución. Desde luego que lo más parecido que en la historia de Europa ha habido a una revolución es lo que está pasando en los países del Este, donde realmente las masas han ocupado el poder, se han liberado, han salido a la calle, han alcanzado una libertad total de expresión... A más o menos largo plazo se frustrará, porque todas las catástrofes acaban tomando forma, pero de momento tenemos ahí una revolución que seguro administrarán mejor que la primera por la experiencia y madurez adquirida. Que el derribo de toda esa nomenklatura se haya producido sin violencia es algo admirable. ¿Qué habría pasado si un millón de españoles se hubieran lanzado aquí a la calle? Medio millón habría sido asesinado por la policía. Allí, dejando aparte el caso de Rumanía, sólo hubo un rumor en Checoslovaquia de que había habido un muerto, que por lo demás era mentira, lo que bastó para que todos salieran a la calle y arrollaran a la policía. En este sentido, un régimen que nació sin condiciones ha generado finalmente las condiciones de una cierta revolución.

En el Tercer Mundo no veo otra salida que ese mismo camino: una guerra, una conquista del poder por la violencia y una dictadura que genere esas condiciones. Lo que no se puede es soltar a las masas del Congo o de Guatemala, primero porque no sabrían que hacer y segundo porque habría una ola de violencia brutal. No creo que esto sea un doble lenguaje sino un lenguaje adaptado a circunstancias distintas. Si se quiere ir hacia eso que cada vez más vagamente llamamos socialismo, no se puede ir de la misma forma en un país de gran desarrollo económico y cultural que en un país subdesarrollado.

3. Hace poco en un acto de Izquierda Unida alguien se lamentaba: "claro, como ahora ya no tenemos el mito de los países del Este..." Pienso sin embargo que es ahora cuando empezamos a tenerlo. Para mí, no era ningún mito una dictadura tecno-burocrática represiva y brutal, era un contramito. De hecho, se inhibían las posibilidades de cualquier izquierda. La desaparición del contramito despeja el horizonte de toda la

izquierda, porque ya no hay un referente real como alternativa futura sino que la tarea consiste en la creación de un futuro necesariamente incierto. No sabemos cuál va a ser la reacción de los partidos comunistas occidentales: tal vez se aproximen a posturas parecidas al felipismo, o tal vez sigan anclados en la pura y monótona repetición de un nombre y un programa completamente estériles, pero también pueden -y creo que sería lo correcto- profundizar su radicalismo sin dogmatismos ni milenarismos.

III.

4. En cuanto a cómo interpretan las teorías marxistas los cambios del Este, cabría decir algo similar a lo anterior. Si el ser determina la conciencia y no la conciencia al ser, las teorías marxistas, por definición, no pueden interpretar estos cambios. Lo que hay que hacer es construir teorías marxistas, desarrollar el marxismo, para que pueda dar razón de estos cambios. Es lo que ocurrió con el consumo. Los desarrollos que por ejemplo ha hecho Baudrillard, o yo mismo, en cuanto una aplicación del pensamiento al consumo, no los podría haber hecho Marx, por la sencilla razón de que no conocía la sociedad de consumo. Aunque vaticinó muchas cosas. Por ejemplo, los avances de la tecnología de que habla tienen un contenido bastante profético, pero es por deducción, pues el futuro siempre es muy distinto de lo que hemos imaginado. A mí me parecería absurdo tratar de interpretar estos cambios con las concepciones marxistas clásicas. Lo que hay que hacer es desarrollar las concepciones marxistas de manera que puedan permitirnos una interpretación cabal de los mismos. Cuando hizo el experimento Michelson, la teoría de Newton no explicaba que la luz tuviera la misma velocidad en cualquier dirección. Pero ello fue explicado en el momento en que Einstein desarrolló la física con la teoría de la relatividad haciendo de la luz un absoluto. Con ello ya se pudo explicar que la luz, a diferencia de los demás móviles, tenga la misma velocidad cuando va en la dirección de la traslación de la Tierra que cuando va en la dirección opuesta. Entonces, aquí, lo que creo yo que tienen que hacer los marxistas es desarrollar su pensamiento para que, integrándolos, pueda dar también razón de estos cambios.

5. En su origen, la Perestroika es una corrección del sistema socialista. Gorbachov se me asemeja en algo a Adolfo Suárez. En el caso de Suárez, no había una estrategia predefinida que como causa ejemplar actuara como motor del cambio, sino que había una estrategia intencional, vaga y brumosa, y luego una gran sensibilidad para percibir los movimientos de lo real. Así pues, en cierto modo, Suárez no fue el motor del cambio, sino el conductor del motor que por causas objetivas históricas y sociales funcionaba solo, y supo dejarse arrastrar, como el que monta una empresa en un sector en auge forzosamente se hace rico,

y el que monta una empresa en un sector en declive forzosamente se arruina. Suárez lo que tuvo es la gran habilidad de pilotar el proceso de cambio dando pequeños golpes de timón, pero sin tratar de contenerlo ni exacerbarlo. En cierto modo, pues, Gorbachov se me asemeja en eso a Suárez. No es un ideólogo radical como Eltsin que quiera imponer un modelo, ni un conservador como Ligachov, sino que, simplemente, tenía la idea de que aquello era inviable, que había una crisis económica insoportable y que aquello había que cambiarlo de algún modo. Entonces él desencadenó el caos, plenamente consciente de que el caos es creador y productor de orden. Aunque a veces el caos produzca muertes por los nacionalismos o graves conflictos como el de Lituania independiente, todo ello hay que corregirlo desencadenando el proceso y dejándose llevar, pilotándolo en la medida de lo posible. Pero siempre, la idea, yo creo, de Gorbachov y de toda la gente que se mueve dentro de la perspectiva de la Perestroika es, en cierto modo, la misma idea que tenía Juan XXIII dentro del Cristianismo: una corrección, una rectificación, una vuelta a los orígenes. Se trata, pues, de un desmontaje de la burocracia y la dictadura, pero no para pasar al capitalismo, sino para autocorregir al socialismo de una serie de adherencias que la historia le había pegado, anquilosándolo y osificándolo. Por otra parte, es también su superación. Esto es: una forma de organización social y política ha tocado techo, se ha convertido en un corsé rígido que inhibe el desarrollo de las fuerzas productivas, y la Perestroika en ese sentido es entonces una superación. Pero no la superación del socialismo, sino la superación de una fase en el desarrollo de una sociedad pretendidamente socialista. Lo que desde luego no creo que sea en absoluto es su agotamiento - aunque pueda serlo, depende de cómo lo hagan.

6. El marxismo o al menos la aplicación del pensamiento marxista que se ha operado en todos estos regímenes cuando se ha convertido en ideología oficial, está lleno de ambigüedades y contradicciones. Antes ya hice referencia oblicua a una. Me refiero a que la planificación se puede entender a dos niveles: a un nivel uno, como imposición o dictado de jugadas, y a un nivel dos, de superior potencia lógica, como dictado o escritura de unas nuevas reglas de juego. Los sistemas vivos y los sistemas hablantes han seguido siempre este segundo camino. El genotipo no es una colección de jugadas, sino una regla de juego lo suficientemente amplia y lo suficientemente potente como para permitir saber cuál es la jugada que tiene mayor poder de supervivencia en cada coyuntura aleatoria del mundo. Y lo mismo que con los genotipos genéticos pasa con los genotextos lingüísticos. Ultimamente he estado leyendo cosas de René Thom: un polinomio, una cierta forma germen, se va desplegando y desplegando y va siendo un buen modelo de la evolución; y siempre es una regla de juego. Creo, pues, que hay un error en la URSS, que consiste en entender la planificación como dictar jugadas, como decidir sobre cada acto productivo, en lugar de dictar

reglas de juego. Habría que arbitrar un sistema que dictara reglas de juego capaces de generar a su vez una regla de juego autorreflexiva que permitiera cambiar la regla de juego base; que no sólo genere jugadas en la situación actual, sino que genere jugadas adaptadas al cambio de la estructura del entorno. Este es, a mi modo de ver, un error que está en la mayor parte de los marxismos.

Otro error que yo veo en la mayor parte de los marxismos es el énfasis puesto en el proletariado. En este sentido estoy de acuerdo con Agustín García Calvo cuando habla de las oposiciones privativas. Una oposición privativa es aquella en la cual uno de los términos está marcado, y un término marcado es aquel que no se puede contener en una definición. La oposición propietarios-proletarios no tiene término marcado: los dos se pueden encerrar en una definición porque designan dos funciones internas al Capital. Entonces, el horizonte de reivindicación del proletariado en cuanto proletariado se agota en la reivindicación de su revalorización como fuerza de trabajo. De aquí el economicismo de todas las reivindicaciones de los sindicatos en Occidente, y de aquí la patética imagen de los sindicatos españoles reduciendo toda la reivindicación generada por el 14-D a una subida del 2 por ciento en la renta de los funcionarios, y cosas así. Otra cosa es que el proletariado, y en la URSS lo fue, funcione como espoleta. Y así como la oposición propietarios-proletarios no tiene término marcado, la oposición -según García Calvo- señores-pueblo sí tiene un término marcado: el pueblo. El pueblo no se deja encerrar en definición, es lo que en la gente desborda lo sematizable y semiotizable. En ese sentido, el pueblo es una instancia revolucionaria. Lo vimos aquí en la huelga del 14-D: el proletariado convocó y fue el fulminante, pero aquello no terminó en agua de borrajas porque conectó con el pueblo, porque ese fulminante provocó una explosión popular. Lo mismo que en Francia fue la vanguardia burguesa, o en la URSS la vanguardia proletaria, la espoleta o el fulminante, la revolución sin embargo fue popular, por más que luego esa vanguardia volviera a reducir al pueblo, en la medida en que pudieron, a su lugar, dispersándolo entre las clases dominadas. El énfasis puesto en el proletariado les desconecta de otras capas, particularmente de los campesinos -siempre brutalizados en la URSS, especialmente en la etapa estalinista-, de los intelectuales, de todos.

Por otra parte, esta otra concepción de la planificación como imposición de jugadas y no de reglas de juego genera automáticamente la burocratización, y lejos de una transición socialista hacia el comunismo, hacia la desaparición del Estado, tenemos una hipertrofia cada vez más brutal del Estado hasta que éste se convierte en una especie de cáncer social que acaba absorbiéndolo todo y destruyéndolo todo. Lógicamente, por ese camino nunca se accederá el comunismo.

7. ¿Qué puede ser un marxismo sin proletariado? Ya me he referido a ello. No sé si es tanto un error de perspectiva como una unilateralidad de Marx (en su época sí que parecía que el proletariado era la fuerza revolucionaria, la única que se movía, la única que luchaba, la única que salía a la calle) o de Lenin, que postulaba aquello de los proletarios y los intelectuales: éstos se inyectaban la teoría revolucionaria, eran también la espoleta, y aquéllos eran la pólvora que explotaba. Ahora muchos franceses hablan de desplazar esta idea de clase revolucionaria a otras capas sociales, a otras clases. El papel de los intelectuales cada vez se valora más, así como el de los técnicos (los yuppies que llegan a ocupar un lugar en el Sol y luego perciben que esto es una mierda y se rebelan contra el sistema que los ha elevado hasta allí). Y sobre todo creo que hoy las capas oprimidas con mayor potencial revolucionario son las mujeres (la explotación de la mujer por el hombre no sólo es la más antigua, sino también la más brutal) precisamente por ser la mujer también un término marcado, un término por tanto no integrado en el sistema. Además, está todo el movimiento juvenil -los okupas, los insumisos... -, en general toda esta vaga, y más o menos anarcodinámica de liberación que se ve en toda una serie de fuerzas. De hecho, los partidos y sindicatos que tienen su base en el proletariado están cada vez más anquilosados, en tanto que las fuerzas que tienen su base en las mujeres, en los jóvenes, en los enfermos, en los locos, en los presos y en los homosexuales (todo eso que de una forma vaga confluye en los movimientos verdes) están cada día más en desarrollo y tienen una potencia reivindicativa y revolucionaria mucho mayor. No se trata de desplazar al proletariado, sino de integrarlo como clase oprimida con todas las otras fuerzas oprimidas. Y ya no va a ser, claro está, una integración monolítica: ya no se trata de una Revolución, sino de una pululación de revoluciones con minúscula entre las que habrá también contradicciones y conflictos, pues no todas coinciden: el obrero macho, por ejemplo, no estará de acuerdo con su mujer feminista, y el obrero que es reivindicativo en la fábrica luego es opresor machista en su casa, etc. Pero a través del enfretamiento también dialéctico y contradictorio entre todas estas fuerzas se va a poder seguir marchando.

8. ¿Qué va a pasar con la teoría marxista? Esto, para mí, no plantea ningún problema. El considerar que el fracaso de esos regímenes es el fracaso de la teoría marxista es tan absurdo como considerar que el fracaso es el fracaso de una aplicación incorrecta de la teoría marxista. Es decir, que el mundo se mueve, las ideas se mueven, el mundo avanza, las ideas avanzan, y todo lo que sea movimiento, todo lo que sea trauma; todo lo que sea catástrofe puede y debe ayudar al desarrollo de una concepción del mundo como la marxista que precisamente va no a remolque, pero sí después de los hechos. Todos los hechos realimentan una posible reelaboración y desarrollo de la teoría marxista.